

Tiempo de ensayos

Uno de los pesos seculares que arrastra la cultura española es, sin duda, la ausencia de educación musical en amplias y profundas capas de su sociedad. Esta ausencia, mal disimulada durante decenios por medio de salomónicas legislaciones sobre los Conservatorios, llegó hace mucho tiempo a hacerse comentario habitual de muchas personas relacionadas con la música,

Angel Barja

Paralelamente, se vivía la más formidable eclosión del interés por el estudio de la música en los Conservatorios, únicos lugares donde, más que conservarse, paradójicamente se podría por exceso de calor, como las pinturas de las Cuevas de Altamira. Esto ocurrió especialmente entre los años 65 y 75, época de la que aún salieron en España algunos músicos importantes.

Así las cosas, es decir, en plena efervescencia, empezó a hacer furor la pedagogía musical, con sus cursos, cursillos, jornadas de puesta al día, métodos y publicaciones, que llegaron a sonar discretamente en las altas esferas ministeriales y educativas. Efectivamente, la escuela no tenía en cuenta la educación musical de sus tiernos moradores, fallo lamentable y digno de ser subsanado a la

mayor brevedad. Esta brevedad no lo fue tanto a niveles oficiales y surgieron nuevas iniciativas privadas, encargadas de hacer cada una su reconversión a su modo. Los vendedores de flautas empezaron a hacerse ricos y los mismo se diga de todos los fabricantes de xilófonos, metalófonos, panderetas, triángulos, aros, cuerdas, picas y no picas. Toda la EGB se sintió, de pronto, sacudida de ritmos y de juegos musicales didácticos... al menos en la buena intención de muchos maestros y profesores.

Podíamos prolongar este pequeño prelude antes de entrar en los días actuales, pero tampoco queremos poner causticidad en un tema que se merece la mayor atención y el mayor cuidado. El caso es que, por fin, se instituyeron las oposiciones para acceder al profesorado musical de BUP y se empezó,

tales como compositores, intérpretes y pedagogos. Fueron tiempos de iniciativas múltiples, de viajes masivos a Hungría (ya se sabe, por aquello del «método Kodaly»), de publicaciones especializadas y de formación de experiencias piloto en diversos lugares de España. El gran clamor estaba lanzado: Hay que implantar la música en la escuela.

después, a planificar la educación musical en la EGB. El paso aparentemente decisivo fue la convocatoria — septiembre, 1985 — de 250 plazas de especialistas en música o destinados a serlo en el plazo de dos años, previa la realización de un curso intensivo de teorización y práctica, dentro de los últimos métodos existentes de pedagogía musical y de las mejores experiencias ya realizadas. El tema es bien conocido en los centros de profesores que acogieron los cursos — entre ellos, el de León — y en los centros de procedencia de los maestros «elegidos».

La experiencia sigue en pie y entra ahora en su segundo año con variada fortuna. En 1987 habrá unos 250 profesores de EGB con su diploma de especialidad en Educación Musical, siempre que se mantengan las

reglas del juego, una de las cuales es que tales maestros tengan alumnos a los que amañar.

Una de las actividades importantes recientemente llevadas a cabo fueron las jornadas de septiembre, celebradas en el Castillo de la Mota a nivel de la autonomía castellano-leonesa, donde se concentraron los maestros cursillistas de todas las provincias con el fin de profundizar en los contenidos ya estudiados de la expresión musical e intercambiar puntos de vista y las experiencias pedagógicas acumuladas en el curso pasado. Como se ve, la ansiada implantación de la educación musical en la escuela ha empezado a andar por vías oficiales. ¿Bastará esto para paliar la enorme ausencia de música en el currículo educativo de la juventud española? Es claro que



«La improvisación y el a ver qué pasa deben ser desterrados completamente de nuestras costumbres culturales. A pesar de todo, se nos abre un margen de esperanza, pues es claro que la música tiene que ser definitivamente implantada en la escuela española.»

no bastará. Serán necesarios muchos años para que la sociedad española como tal sea una sociedad afinada y musical. En estos mismos momentos se ve un peligro serio, como es la excesiva separación entre lo que es o va a ser la educación musical general de la carrera musical propiamente dicha. Dudamos, incluso, de que la recentísima propuesta de reorganización de

la música en nuestro país alcance los resultados deseados porque, como casi siempre ocurre entre nosotros, no se hizo a partir de una amplia consulta, sino en el laboratorio mágico de algún despacho. Sólo ahora se están haciendo las consultas a posteriori y parece que va a haber bastantes remiendos, con lo que el traje ya queda malparado antes de su estreno.

RELATOS Diario de León (y 21)

Figuraciones de un café

Carlos Rodríguez Blanco

Se revuelve el tiempo, las cuatro y un café. ¡Miguel, que sea sólo! Tiempo sobra de otro, que hoy se revuelve el tiempo; una vuelta más, dos vueltas y otras. Humeante, deja escapar su aroma y otra más...

El café dicen que quita el sueño y hoy una taza no hace mal. «Copa» no bebo, no aguanto el aroma que destila el alcohol. Miguel deja reposar el ponche en el estante. Mientras enciendo un cigarrillo, tomo el último sorbo de café ya sin color, casi frío, y otra vez como antes. El tiempo se revuelve y sin café; ni una vuelta ni dos. No bebo ponche.

El ambiente festivo recoge las bisagras de una noche sin luz, aunque cargada de esperanza.

No se está mal, apacible y tranquilo; tras el cristal una bonita vista: Finos rayos de sol dejan caer su luz sobre la hierba que comienza a trepar tan diminuta, bordeando las piedras del arroyo. Finos rayos que se esconden y aparecen otra vez, va a haber tormenta.

Café y copa si Dios no lo remedia y «Chuso» no se duerme. ¡Otro café, Miguel! Y otra vez como el domingo, pago el café.

Jonás, el chico que juega de contrario, en esto de las cartas hace buena pareja con Toño. Los dos se ríen siempre y tiran las cartas con cierto aire. ¡Otro café, Miguel! Ya van 2-0, ¡Miguel, una cerveza! Si esto sigue así, no hay nada que hacer.

La atmósfera está cargada, se comienza a respirar con cierta dificultad y Anselmo, el propietario, se estira y abre con el largo badil de hierro de la chimenea uno de los pequeños ventanucos barnizados, dejando salir el aire a la libertad de la tarde que se consume lenta, entre pequeñas bocanadas de humo y reposados tragos de licor.

¡Nando, das! Este soy yo, me toca dar y pinto la quinta; ¡bastos!, yo siempre pinto la quinta y salen bastos, aunque hasta ahora no me da muy buena suerte. ¡Qué leches! suerte no sé si la he tenido nunca, tengo «cuarenta», contra «As» no arrastrarás. Arrastra y pago café. ¡Ni falta que me hacía ese tanto!

¡Miguel! otra baraja. Esto está que arde y con otras cartas la revancha, fíate por si acaso.

Ahora ya no hay sol y parece que va a llover, las nubes van muy rápido, algo oscuras. Creo que va a llover.

La chica que entra no se quién es, viene sola y se acerca a la barra, habla con Miguel. Da la vuelta y se arrima a la ventana. Es una chica de pelo ondulado rubio, no muy largo, medianamente alta, con una falda negra juguetona en el juego de piernas de lunares negros. La niña que se arrima a la ventana tiene las manos pequeñas, la mirada dulce entre los ojos negros, y las mechadas de cabello rubio entre el agua y el viento.

De vez en cuando mira hacia arriba, a la lámpara que esparce rayos de luz tan tenues como una palabra preocupada y distante.

Tiene una nariz pequeña, muy graciosa; ahora mira a la mesa otra vez.

La tarde se vuelca en su sueño de nostalgias y las gentes vuelven a beber sus ilusiones, a dejar sus pequeños problemas sumergidos en el sueño efervescente del alcohol y el humo que transforma el pensamiento en poso de café.

Vamos 3-2 y esta vez va a seis. Toño estira la manga y pinta la última, siempre la última, y da las cartas una vez por cada lado, a derecha e izquierda. Tras un pequeño sorbo mira a su compañero, a las cartas, y recoge la luz clavada en unos leños que comienzan a arder.

La chica del cristal no fuma, la he pedido fuego y que nanai, me mira y se sonríe. Toño mira el juego y se descubre. No está mal, ¿verdad?. Nada mal, rubita.

Ella de vez en cuando se vuelve y mira despistada. El juego es un cajón de múltiples sorpresas, una caja de música que rompe la nostalgia de la noche, una nota de amor que escucha la tormenta y vuelve a mirar otra vez.

El que la sigue la consigue, ya lo digo yo, y el juego es el juego, que no hay dos sin tres, y arrastro. Si no se gana pagamos dos veces, yo no me centro, cada poco miro a la ventana.

Ahora llueve algo más fuerte. Los árboles, todavía desnudos, se ponen de color oscuro cuando se mojan. El puente también está mojado y la lluvia hace baches en la carretera que se llenan de agua. Ya casi no se ve al chico del puente que empapado desaparece como el viento en un día oscuro de lluvia.

¡Miguel!, otra cerveza.

El café, cuando hace buen tiempo, en verano, se llena de gente toda muy distinta. Aquí pasa algunos ratos la señora de «Morito», un perro de algodón con unos ricitos negros muy finos. La señora de «Morito» no es muy alta, eso sí, un poco triste. Algunas veces dice que no aguanta el humo y las palabras; sobre todo eso, las palabras, y se va con «Morito» ladrando, siempre ladrando.

Ahora que todavía es primavera no está la señora, ni «Morito». Sólo hay una chica de pelo rubio no muy largo que de vez en cuando mira despistada y sonríe. Una chica que llegó a las cuatro en una tarde de lluvia, y que se sienta en una mesa triste al fondo, al lado de la chimenea, tan pegadita al cristal que las gotas de lluvia parece que le corren por la cara.

La señorita que se sienta al fondo no tiene a «Morito», ni toma en la barra su café con leche, ni se sienta cansada de escuchar el viento.

La señorita de la mesa triste, sonriente como nunca, adivina el cuento y mira a la mesa.

Miguel, atareado como siempre en la máquina de café. ¿Sólo, con leche? Cortado. Sabe, el café solo quita el sueño y excita mucho. Por favor otro sobre de azúcar. ¿Me cobra usted, si hace el favor?. Gracias y adiós.

Está parando de llover y ráfagas de luz entrecortadas, cada vez más intensas, iluminan la tarde dejando rastro de las sombras que proyectan los cuerpos opacos fustigando la noche, bañando de pavor la faz de la Tierra enmascarada en su verdad.

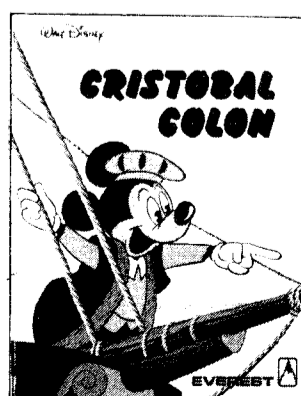
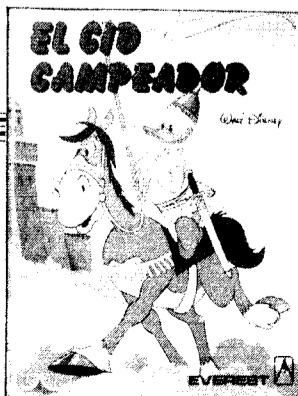
Todo está ya tranquilo y en silencio, las sombras vuelven más oscuras la noche, se iluminan con luz incandescente el sueño del amor, la quimera de una tarde de lluvia que arranca al corazón el aroma que dejó volar, recordando una vez más su luz.



«EVEREST», COLECCION: La Máquina del Tiempo



EL CID CAMPEADOR



CRISTOBAL COLON



LA MAQUINA DEL TIEMPO

